

Para citaciones: Mauris, L. (2020). Al agotamiento del paradigma de la subjetividad: diagnóstico de la época actual. *Espiralet*, 5(5), 71-78.

Recibido: 5 de octubre de 2020

Aprobado: 3 de diciembre de 2020

Editor: Rafael Darío de Oro Montero.
Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2020. Mauris, L. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

Al agotamiento del paradigma de la subjetividad: diagnóstico de la época actual

Mag. Leonardo Mauris De la Ossa

Filósofo, Universidad de Cartagena, Colombia; leonardomauris@gmail.com

RESUMEN

La filosofía moderna tuvo la jactanciosa pretensión de poder lograr la completa realización humana. Para ello esgrimió los logros que tempranamente las ciencias físico-matemática estaban teniendo; no obstante, muy pronto la historia comenzó a ser testigo de los más desbastadores hechos que terminaron por revelar el verdadero carácter sobre los que se sentaba el paradigma de la subjetividad moderna. Es decir, tanto las ciencias naturales como las humanas, que tuvieron bajo el paradigma de la subjetividad la pretensión de emancipación humana, llegaron a ser las más fehacientes manifestaciones de subyugación y dominación por parte de una Razón que todo lo calcula, cuantifica y, por ende, manipula. Tales son las conclusiones, en diferentes campos de análisis, de Martin Heidegger (1889-1976) y Michel Foucault (1926-1984) y, por lo tanto, su diagnóstico de nuestro tiempo.

En este trabajo, se analizará los caminos por los cuales estos autores llegan a estas conclusiones. Para ello, primero (I) haré una exposición de las principales “promesas” que se dibujaron con el paradigma de la subjetividad; para luego, (II) desarrollar la crítica heideggeriana a la técnica moderna; por último (III), describiré el concepto de poder foucaultiano como forma de cosificación y manipulación del hombre y para el hombre.

Palabras clave: Paradigma; subjetividad; poder; técnica; ilustración.

I. Las “promesas” de la Modernidad.

Una de las mejores síntesis elaborada por un filósofo acerca de las esperanzas que despertaban las ciencias modernas la encontramos en Nicolás de Condorcet (1743-1794), no sólo vivió en la época de las nacientes ciencias físico-matemáticas, sino que vio en ellas el paradigma para el conocimiento en general. notó como las antiguas disputas escolásticas cedían al paso a un conocimiento más científico, más seguro; ello es, a la explicación racional de la naturaleza.

Su análisis es un estudio del progreso humano, desde el invento de la escritura hasta la triunfante revolución francesa, en él señala el lento, e incluso, irrupido avance por el que la razón se ha visto obligada a atravesar; en este camino su principal enemiga ha sido, indica Condorcet, el dogma o el

sectarismo, es por ello que afirma: “el desprecio de las ciencias humanas era uno de los principales caracteres del cristianismo (...) hasta la luz de los conocimientos naturales le era odiosa y sospechosa.” (Condorcet, 1980, p.141).

No obstante, Condorcet al pensar su tiempo observa como gracias a las exitosas ciencias físico-matemáticas el hombre había podido lograr vencer la resistencia que la naturaleza le imponía y, con el uso exclusivo de la razón, poder descubrir la verdad; que no es otra que explicar y dominar los hechos naturales. Ahora bien, las ciencias sociales, si tenían alguna esperanza de ostentar los mismos privilegios debía copiar el paradigma impuesto por las ciencias de la naturaleza.

De lo expuesto anteriormente, nuestro autor concluye que el científico debía hacerse cargo del perfeccionamiento moral de la sociedad. Al igual que en la naturaleza existen leyes generales que regulan el universo, las cuales son constantes y necesarias; en el perfeccionamiento moral del hombre deben estar también presentes. En tal sentido, si el progreso está asegurado, como en las ciencias físico-matemáticas, cabe esperar este progreso no solo en la moral de los individuos sino también, y esto es lo importante, en las convivencias civilizadas. Condorcet ve que en su tiempo ya esto era una realidad: “si echamos una mirada al estado actual del globo, veremos, en primer lugar, que en Europa los principios de la constitución francesa son ya la de todos los hombres ilustrados.” (Condorcet, 1980, p.227)

Por lo tanto, se observa que el hombre europeo del siglo XVIII veía como las ciencias tenían potencial emancipatorio. Ellas brindaban las condiciones para explicar y dominar los fenómenos naturales, y a su vez, proporcionaban los criterios morales necesarios para la pacífica convivencia civilizada. Fueron estas las promesas que trajo la modernidad.

II. Crítica heideggeriana a la técnica moderna.

Ahora bien, estas esperanzas pronto empezaron a diluirse y fue Heidegger uno de los primeros en señalar lo que había llegado a convertirse la ciencia moderna. Para ello, Heidegger (2000) establece que en el pensamiento occidental han existido dos tipos de preguntas: aquella en la que se interroga por la esencia del Ser; y la pregunta por el qué del ente. A su vez, sostiene que la segunda pregunta es la que se ha impuesto desde Platón hasta Nietzsche; en consecuencia, la metafísica ha sido el olvido progresivo y continuo del Ser.

Ahora bien, la historia de este olvido Heidegger (2000) la presenta en dos grandes períodos, el antiguo-medieval y el moderno: la metafísica antigua-medieval piensa el ente en su conjunto y en sus relaciones más universales y por ello lo determina desde un ente supremo, sea el bien en Platón, el primer motor en Aristóteles, o, el Dios creador de los medievales, en todo caso, entes

independientes al hombre. Cosa diferente pasa en la metafísica moderna, ésta se caracteriza por poner al sujeto como el ente supremo. En tal sentido, Colomer (2001) al comentar a Heidegger afirma: “Este rasgo domina las diversas versiones de la metafísica moderna, desde la res cogitans de Descartes, pasando por el sujeto trascendental de Kant y el espíritu absoluto de Hegel, hasta la voluntad de poder de Nietzsche” (p.576)

Es por ello que en el análisis que Heidegger (2000) hace de Descartes; y con él a la metafísica moderna, considerará que en esta época la pregunta por el ente se tradujo en la búsqueda del fundamento incondicional de la verdad, no obstante, el deseo por encontrar este fundamento es una novedad en el pensamiento de occidente, sin precedente en la historia de la filosofía; por lo que cabe la pregunta: ¿Qué paso en la modernidad para que se planteará este asunto en semejantes términos?

El fundamento último de la verdad, que se había buscado desde la metafísica antigua, Descartes lo encuentra en aquel ente del que no se puede dudar una vez que se ha dudado de todo. Éste acontecimiento, que marca una ruptura con toda la filosofía precedente, termina por identificar al hombre como el *subjectum*, es decir, en el primer fundamento. En consecuencia, el sujeto será el único a través de cual será posible toda la re-presentación de los demás entes, como también el que determinará la verdad de estos. De lo anterior, Heidegger (2004) deduce 4 proposiciones que desde su perspectiva describen el carácter de la modernidad:

1. El concepto de sujeto, entendido como *subiectum*, pasa a ser el nombre propio del hombre, es el que describe esencialmente a éste ente; ello obliga necesariamente a diferenciar entre un sujeto y un objeto, todo ente que no sea el hombre será entendido desde ahora como objeto al que hay que dirigirse.
2. De lo anterior se deduce que al ente se considerará como re-presentación. Ello no quiere decir que el ente sea un mero pensamiento, Descartes sabía que el ente es en sí, o efectivamente real. Lo que intenta con ello Descartes es poder encontrar la forma como el ente debe ser alcanzado y asegurado, dado que éste está separado del sujeto. Por lo que el re-presentar debe entenderse como calcular, en tal sentido, Heidegger (2000) afirma:

Por medio del cual se asegura por doquier al hombre el proceder por medio del ente, la investigación del mismo, su conquista, dominio y puesta a disposición de manera tal que él mismo pueda ser, desde sí, amo de su propio aseguramiento y su propia seguridad (p. 140).

3. En tercer lugar, Heidegger muestra cómo debe ser entendida la esencia de la verdad. Si como hemos dicho, se concibe al hombre como *subjectum* y por ello separado del objeto, entonces la verdad será la correspondencia entre los

enunciados y lo anunciado. Ello es, la adecuación entre el conocimiento y el ente.

Heidegger subraya que el conocimiento entendido como re-presentar y emanado del sujeto se da como indudable debido al proceso previo de cálculo al que ha sido sometido. Planteado en estos términos la verdad del ente será aquella de la que el sujeto este seguro. Dado lo anterior Heidegger puede concluir que la verdad en Descartes es ante todo certeza.

Para Descartes, argumenta Heidegger (2004), la verdad como certeza debe ser entendida esencialmente como un pro-ceder, como un asegurarse-de-antemano; el método obtendrá, por lo tanto, un peso metafísico no alcanzado anteriormente, desde ahora se encuentra inscrito en la misma subjetividad, desde este momento el método será entendido como proceder para asegurarse-de-antemano al objeto. El método será “necesario (esencialmente necesario) para encontrar y asegurar las huellas de la verdad (certeza) del ente” (Heidegger, 2000. 140)

4. Por último, pensar al hombre como subiectum significa que éste es la medida de todo el ente, y en cuanto medida del ente dispondría de él en su totalidad; de ahí que la modernidad se caracterice por el avasallador crecimiento técnico que, en aras de proceder en la conquista y dominio del mundo, por la vía de la re-presentación y el cálculo, se ha olvidado por el Ser de ente.

Ahora bien, si Descartes, con su cogito, hace del hombre el centro de la verdad, Kant aportará a la metafísica moderna el ingrediente que luego Hegel elevará a la categoría de absoluto: la subjetividad. Subjetividad que una vez desencadenada que terminará dando, al final, cuando la metafísica muere, el dominio e imperio de la técnica. A juicio de Heidegger (2000), éste es el estado actual de nuestro mundo, la objetivación del ente, llevada a cabo por la filosofía moderna y en complicidad con el humanismo, cuya pretensión de llevar al máximo las capacidades humanas terminó en la manipulación y en el continuo dominio de la naturaleza.

Cabe anotar que Heidegger, ve en la técnica moderna el resultado inevitable del continuo desarrollo de la subjetividad, porque ésta se ha centrado en el olvido del ser. Recuérdese que la prioridad esta puesto en los entes, lo cual ha ocasionado un vacío que reclama ser llenado y, por lo tanto, encuentras en la técnica y en su ininterrumpida producción la única posibilidad de colmar éste vacío, es por ello que Colemer (2001) sentencia:

En todas partes donde el ente nos parece deficiente, y todo parece pobre y deficiente para el insaciable querer del hombre moderno, es necesario que se introduzca la técnica y, abusando de las primeras materias que la tierra nos ofrece, produzca en masa sucedáneos industriales que alimentan nuestras voraces apetencias. Y así se origina ese círculo

infernado del producir para consumir y el de consumir para producir que ha llegado a ser el único acontecimiento de la historia de un mundo convertido en antimundo (p. 581).

Ahora bien, en este punto es necesario preguntarse ¿Qué entiende nuestro autor por técnica?, y ¿En qué se concentra su crítica a la técnica moderna? La *técne*, tal como la entendieron los griegos, era una forma de *poiesis*, que es producir. El producir tiene como fin traer al desvelamiento lo que antes estaba velado, es decir, que el producir se mueve dentro del campo del des-ocultar; aspecto al que los griegos llamaron *aleteia* y que nosotros heredamos como verdad. Por lo que la *técne* es también una forma de des-ocultar y, por lo tanto, también podemos entenderla como una forma de *aleteia*. Heidegger (1993) concluye: “La técnica es un modo del des-ocultar, la técnica presencia en el ámbito en el que acontece des-ocultar y desvelamiento, *aleteia*, verdad.” (p.122)

Lo anterior vale, sin embargo, para la técnica tal como la concibieron los griegos, pero ¿podemos decir lo mismo de la técnica moderna? Al respecto es importante señalar la enorme diferencia que existe entre la forma en que los griegos pensaron la *técne* y cómo los modernos comprenden la técnica; lo que, según la consideración de nuestro autor, no es obstáculo para percatarse de que al igual que la antigua, la técnica moderna también es un des-ocultar.

Heidegger (1993) sostiene: “¿Qué es la ciencia moderna? Es también un des-ocultar” (p.123). La diferencia radicaría en que el des-ocultar moderno es totalmente diferente de la forma en que se entendía antiguamente, al respecto son contundentes las palabras de Heidegger (1993):

El des-ocultar imperante en la técnica moderna es un provocar que pone a la naturaleza en la experiencia de liberar energía, que en cuanto tales pueden ser explotadas y acumuladas” (...) “la tierra se des-oculta ahora como región carbonífera, el suelo como lugar de yacimiento de minerales. (p.123)

En resumen, con estas palabras Heidegger (1993) afirma que en la Modernidad todo es factible, manipulable, ya que ese des-ocultar provocante, no se hace otra cosa que ver en la naturaleza un almacén de fuerzas y energías que, como tal, pueden ser calculadas y utilizadas en el futuro. Se abusa de los recursos naturales y la tierra se envuelve en una continua y degradante explotación; la técnica termina incluso determinando las expresiones culturales como: el lenguaje, el pensamiento y el arte.

Heidegger (1993) para expresar el conjunto que caracteriza la técnica Moderna utiliza el término “dispositivo”, palabra que sugiere que vivimos en un mundo donde todo es susceptible de explotación y manipulación, siendo ello la esencia que mejor describe las ciencias físico-matemáticas.

III. El problema de las ciencias humanas: Michel Foucault.

Si Heidegger demuestra el poder destructor al que ha devenido las ciencias naturales, la situación no es más alentadora por los lados de las ciencias humanas; en tal sentido el trabajo de Foucault es contundente.

La primera piedra en la arquitectura foucaultiana en su análisis a las ciencias humanas la encontramos en su libro *Las Palabras y las Cosas* (1968), entre todas las ideas expuesta ahí, se destaca, para la finalidad de este escrito, la definición que se hace de *episteme*: se entiende por tal los sistemas que ordenan y dominan un determinado período de la historia.

Por lo general, estos supuestos son ignorados por aquellos quienes los usan, pero son justamente estas ideas las que permiten los procesos cognitivos en las diferentes ramas del saber. En otros términos, son los *a priori* sobre los cuales se fundamentan las ciencias. Este concepto le permite a Foucault caracterizar las condiciones bajo las cuales surgieron las llamadas ciencias del hombre.

En tal sentido, en *Vigilar y Castigar* (1976) se acuña el concepto de sociedad panóptica, esta es, según Foucault, la característica principal de las actuales comunidades humanas y, por lo tanto, unos de los supuestos (*a priori*) sobre los que se enraíza los saberes, entre ellos el de las ciencias humanas. Ahora bien, en *La verdad y las formas jurídicas* (1978) el autor indica que los conceptos que mejor definen al Panóptico son: vigilar, controlar y corregir. Por lo tanto, si esto es así y si nuestras sociedades son el reflejo de las cárceles sugeridas por Bentham; entonces vivimos en una época del control social. Para Foucault, esta es una sociedad de individuos secuestrados, donde se han creado una serie de instituciones de control que perpetúan el *estatus quo* y promueve los patrones ya expuestos del Panóptico (vigilar, controlar y corregir). Estas instituciones coercitivas tienen una triple finalidad.

En primer lugar, las actuales sociedades panópticas han creado instituciones para explotar la totalidad del tiempo de los individuos: las escuelas y las fábricas son ejemplo del cumplimiento de un estricto control del tiempo, el acatamiento juicioso de horarios y el seguimiento, siempre vigilante, del profesor o del gerente. Nos señalan que el tiempo vital pertenece a un entramado social y que es este quien lo regula y explota de acuerdo a las pretensiones que se impongan, que no es más que tiempo para el trabajo.

En segundo lugar, estas mismas instituciones no solo controlan el tiempo de los individuos, también sus cuerpos; Foucault (1978) afirma: “a partir del siglo XIX el cuerpo debe ser formado, reformado y corregido, para adquirir aptitudes, recibir ciertas cualidades, calificarse como cuerpo capaz para trabajar” (p.60) en tal sentido, el hombre es visto como fuerza de trabajo que es necesario formar y capacitar para que ejerza eficazmente los oficios que la sociedad panóptica requiere.

Y, por último, estas instituciones crean un nuevo y curioso tipo de poder: Foucault analiza las diferentes características del poder, sin embargo, para los fines de este trabajo nos detendremos en lo que se denomina “poder epistemológico”; en tal sentido, una de las funciones del observador de las instituciones establecidas para el control es la de extraer un saber de y sobre los individuos. Ahora los hombres que son observados y controlados, también son calificados, registrados y analizados en sus comportamientos con la única finalidad de producir nuevas y más eficaces interpretaciones teóricas que expliquen mejor la adaptabilidad y mejor funcionalidad del individuo en la fábrica, la escuela y la sociedad.

Es así, según Foucault, como las ciencias humanas nacen, con la pretensión de ser un campo de investigación del hombre y para el hombre; en una sociedad de estricta vigilancia es necesario producir un saber que caracterice y verifique cómo deben comportarse, cómo deben cumplirse las reglas, diferenciar los normales de los anormales, el loco del cuerdo; es por ello que, gracias a estas urgencias, que ven la luz la psiquiatría, la psicología y la sociología. En realidad, son ellas las ciencias que definen las nuevas y más eficaces formas de control.

A manera de conclusión, la metafísica moderna impone como regla universal de conocimiento la preeminencia del sujeto. El conocimiento es posible, no porque exista el objeto; el conocimiento es posible debido que existe un sujeto que controla, calcula, determina y domina al objeto; éste último es dado al conocimiento en la medida en que exista un sujeto que lo determine.

De lo anterior, se desprende una consecuencia fundamental en el imaginario del hombre moderno: el mundo es lo que el sujeto, con su estructura cognitiva, determine que sea. Ahora bien, esto no es menos real cuando el objeto de conocimiento es el mismo hombre, lo que es cierto para el mundo físico, lo es también para el hombre; pero con el desafortunado hecho que ahora el controlado, calculado, determinado y dominado es él mismo.

Referencias bibliográficas

- Colomer, E. (2001). *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger tomo III*. Barcelona: Herder.
- Condorcet, N. (1980). *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Madrid: Editorial Nacional.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1978). *La verdad y las formas jurídicas*. Rio de Janeiro: Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Heidegger. M. (1993). La pregunta por la técnica en: ciencia y técnica, Universitaria, 2da edición.

Heidegger. M. (2000). Nietzsche II. Barcelona: Editorial Colecciones.